

## LA CONDUCTA DE LOS MEDICOS EN LA ULTIMA ENFERMEDAD DE FELIPE II

(Enjuiciada por los Académicos Humanistas de  
«La Estafeta de los muertos»: 1890)\*

Prof. RAMON SARRO  
(Académico Numerario)

Pronto se cumplirán tres décadas que con nuestro llorado Presidente el Profesor Agustín Pedro Pons iniciamos la publicación de “Medicina Clínica”<sup>1</sup>. En su primer número publiqué en la sección de Humanidades Médicas, que se inauguró entonces, un artículo titulado *La Estafeta de los muertos (El espíritu humanista en la Medicina española a fines del ochocientos)*. Es inevitable que algunos de los hechos y de los conceptos vertidos allí sean repetidos hoy, si bien reestructurándolo de cara a los problemas que ahora van a ocuparnos que giran en torno a la postrera enfermedad de Felipe II. ¿Murió el rey porque había llegado su hora o por la negligencia e incapacidad de sus médicos? ¿Qué responsabilidad le incumbe al rey por no haberlos elegidos mejor? Pecó ¿por omisión o por dejación? Puso Felipe II de su parte cuanto debía por conseguir del destino una muerte “real”

acorde con lo que pide el poeta alemán Rilke: “Señor, dad a cada cual su propia muerte”.

Como vamos a ver, los médicos humanistas catalanes del siglo XIX, sintiéndose historiadores críticos del siglo XVI, analizan las responsabilidades, tanto de los médicos como del propio rey.

En 1888 el urólogo prestigioso E. Suender, conocido entre los médicos humanistas españoles por haber tratado con éxito a uno de ellos, quizás el más ilustre José de Letamendi, sacó a luz una *Noticia de las obras de Francisco Díaz*, con motivo del tercer centenario de la publicación del *Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones, vejiga y varnosidades de la verga y urina...* El mérito principal de Díaz fue el de haber sido el inventor del método de “abrir las carnosidades y callos de la vía de la verga” que hoy se designa

1. Julio de 1943.

\* Comunicación presentada como Académico Numerario en la sesión del día 24-IV-73.

como *uretrotomía interna*. Por estas razones, Díaz era conocido en su época como el “médico de las vergas”.

El historiador de la Medicina Luis Comenge, gran amigo y admirador de Letamendi, respecto al cual representó muchas veces un papel parecido al de Eckermann en relación a Goethe, tuvo la feliz ocurrencia de iniciar una correspondencia con alguno de los grandes médicos del siglo XVI, a la que muy acertadamente calificó de *Estafeta de los muertos*. La primera carta fue la del Dr. Fernando de Mena, maestro que fue de Francisco Díaz. Iba encabezada así: Al Dr. E. Suen-der. *Epistola de un exvivo en que se tratan asuntos de medicina*; la firmaba el Dr. Mena y “por la copia y corrección” Luscinda Protoplasma de Sangredo.

El Dr. Comenge, oculto bajo el seudónimo de Mena, se muestra informadísimo sobre lo que ocurría en la España médica y no médica del siglo XVI, especialmente de la época de Felipe II. Habla de los acontecimientos como si hubiese sido testigo presencial, tan notable es su vocación y capacidad de historiador, para hacer revivir el pasado. Rememora, con preferencia a otros recuerdos, la muerte de Felipe II en 1598. Se diría que Don Fernando de Mena todavía lleva luto por ella en el otro mundo. Como ocurre tantas veces cuando fallece una persona intensamente querida, Fernando de Mena propende a culpar a los médicos tratables de negligencia a pesar de haber sido el mismo, médico. Mena, es decir Comenge, considera inexplicable

que un rey que había tenido a su servicio las sumidades médicas de su época anduviera tan desacertado a la hora de elegir los médicos que le asistieron en su última enfermedad. Encuentra el hecho tan inconcebible e indignante que Comenge saliéndose de su papel fingido llega a preguntarse si Felipe II estaba o no en su sano juicio, presuponiendo que éste hubiese sido tan brillante como suele admitirse. Escuchemos las propias palabras de Fernando de Mena. Después de enumerar una lista de médicos palatinos entre los cuales figura el divino Vallés, Luis Mercado, Vesalio, Gómez de Pereira, autor de la *Antoniana Margarita*, Daza Chacón, Francisco Díaz y muchos otros escribió. “Echase de ver por lo dicho que el rey mi señor tuvo a su servicio, sin contarme yo, átomo pecador, sobresalientes médicos y cirujanos que fueron, son y serán legítimo orgullo de la Ciencia patria”.

“Pero, vuelvo a interrogar: ¿qué secretos motivos pudieron favorecer en el encumbramiento de algunos adonados profesores que sin distinguirse por sus hechos y escritos llegaron al regio cubículo como por fosos y minas, colocándose al mismo nivel que el divino Vallés, el botánico Hernández, el gran Pérez de Herrera, el ilustre Mercado y el padre de la Anatomía, Vesalio, sobrepujando a otros muchos sabios que no alcanzaron tan honrosas prebendas? Lo ignoro.”

“Decíase en mis días que la audacia, la flexibilidad y la náutica palaciega abrían las puertas del Alcázar, y que los frailes, monjas y los nobles hacían

el resto, resultando el milagro de que sabios e indoctos partieran por igual la confianza del rey.”

“He dicho por igual y no es cierto; ninguno alcanzó el grado de privanza que los Dres. Oñate, Sanabria, Zamudio y Vergara, los cuales, a excepción del tercero, que era una inteligencia mediana, fueron estériles para la Ciencia, y buena prueba de ello es que la historia médica española no tiene para qué ocuparse de ellos; fueron pobres para la Medicina y ricos para sus familias.”

“En sus últimas enfermedades, el rey se entregó en manos de estos varones, muy dados a los asuntos místicos, pero incapaces de discurrir un sencillo artificio para cambiarle las ropas al monarca, quien falleció sepultado en un estercolero e invadido de gusanos.”

“Temeroso de que me acusen de nada piadoso para los que fueron mis compañeros, o de que pretengo vengarme de antiguas rencillas profesionales, lo cual es incierto, lo juro por mi alma, dejo las cosas en este punto y renuncio a dar más pormenores acerca de estos cuatro médicos; pero bien sabe Dios que haría el no pequeño sacrificio de regresar a ese planeta sin ventura, a cambio de saborear un estudio antropológico de los cuatro médicos cuyos retratos mando adjuntos, trazado por la saladísima y original pluma de Don José de Letamendi, inteligencia excepcional y una de las positivas glorias de nuestro siglo.”

“Siempre creí, allá en el fondo de mi conciencia, pero muy hondo, que

en mi tiempo no era lícito ni pensar ciertas cosas, que el rey Don Felipe anduvo siempre un tantico estropeado de los cascos, y más me afianzaba en mi creencia al meditar en la sinrazón de sus actos más notables, como gastar con pródiga mano, él que de sí era avaro, innumerables tesoros en sostener guerras injustificadas; en levantar El Escorial cuando la nación perecía de hambre y peste; el impedir el comercio científico y encerrar la enseñanza médica en unos librecitos que escribió Mercado para tal fin.”

“Pero es que, aparte de todo esto, Don Felipe, que santa gloria haya, descendía de locos y engendró un demente, y si es axioma verdadero que los cascos tiren a la olla y que el nudo tenga la misma composición que los cabos de la cuerda, el rey forzosamente había de tener enfermos los sesos.”

“Era el monarca de cuerpo pequeño y endeble; tenía el rostro picado de viruelas, el pelo rubio; era atrabiliario, vindicativo, desconfiado, frío en su trato, muy impuesto de su majestad; hizo grande uso de la medicina, pues que era enfermizo, singularmente en los últimos años; dio muestras de ser un laborioso pendolista, y hubiera hecho un excelente dómine o un jefe de negociado de los que se usan en vuestros días.”

“Sentía tal atracción por los asuntos médicos, que asistió muchas veces a nuestras juntas, en las cuales se hablaba latín, dirigiendo nuestras discusiones.”

Los conceptos vertidos en estos párrafos actuaron como botafuego sobre una mente tan fácil de inflamar inte-

lectualmente como la de José de Letamendi. Su carta ostenta este título: *Al espíritu del preclaro Dr. Francisco Díaz, en contestación por tabla a una alusión personal del alma de su eximio preceptor el Dr. Fernando de Mena, requiriendo del infrascrito un juicio antropológico de las cuatro nulidades de Cámara que legalizaron la corrupción en vida y consiguiente muerte del gran rey de las Españas, Don Felipe II, dechado de siervos de Dios y norma de monarcas regalistas.*

Fiel a su enunciado la carta aporta el juicio antropológico solicitado y un juicio distinto del de Comenge respecto a Felipe II. La carta de Letamendi merecería transcribirse íntegra. Sólo reproduciremos los párrafos que se refieren al análisis: “Resulta, pues, la cosa más natural del mundo: primero, que en los buenos tiempos de Felipe II se filtrara por excepción en su Corte una que otra nulidad, introducida por la intriga a despecho de la firme e ilustrada voluntad del rey y malgrado su repugnancia a alternar con nulidades; y segundo, que en la postrera decadencia, achicados los pensamientos del monarca y mustiado su cerebro por los años y el sufrir fuera invadido el infeliz por una Cámara médica compuesta ¿de qué? De lo que vamos a ver, pues hemos llegado al tema concreto que el alma del egregio Mena me propuso y que se reduce a la clasificación antropológica de los cuatro adocenados colegas, doctores Gómez de Sanabria, Ocaña, Vergara y Zamudio de Alfaro”.

“Nada más fácil que tal clasificación, porque en cuanto vi los cuatro

retratos, reconocí que en el grupo estaban representadas las cuatro especies de tíos del género *Avunculus parasitus*, sin duplicatura ni omisión; por manera que en la atmósfera palaciega en que decayó y murió el rey de mis aficiones, se ve que estaban presentes y acechando la ocasión todas las especies de tan recomendable género, dentro del personal facultativo.”

“En la *Historia natural sociológica del linaje humano*, que años a tengo compuesta en mi cabeza, el género el tío pegadizo, *Avunculus parasitus*, se divide en estas muy distintas especies, a saber: el tío maligno (*Avunculus malignus*); el tío seráfico *Avunculus seraphicus*); el tío vividor (*Avunculus providus*); y el tío nulo (*Avunculus nullus*).”

“Estas cuatro especies se encuentran en todas partes, aunque en muy distintas proporciones, según los elementos que el medio ambiente ofrece a cada una de ellas; así, de todas hallamos muestra en las cofradías, en las asociaciones benéficas de todo linaje, desde las católicas más aristocráticas hasta las masónicas de más humilde vuelo, así como en las corporaciones administrativas gratuitas y honoríficas donde hay más o menos que chupar, en los círculos espiritistas, en los alrededores de las sacristías y de los conventos, en las mismas comunidades, en los comités políticos, en los Parlamentos, y muy sobre todo en los palacios, pero apareciendo, como dije, en distintas proporciones según el lugar; así, por ejemplo, en los Ayuntamientos el *Avunculus seraphicus* escasea mucho,

mientras que en las Administraciones de obras pías abundan extraordinariamente.”

“Los caracteres de cada una de estas cuatro especies de *tíos* son del tenor siguiente:

“I. *Avunculus maleficus*. — Tío más malo que Caín y que sobre ser malo, lo parece, y sabe que lo es y que lo parece, y le gusta parecerlo y serlo. Tiene una corona de garfios y varias ventosas, como la solitaria, y procede de esta manera; busca por instinto en toda colectividad al más malo y poderoso, se asocia a él, le ayuda con todas sus malas artes, y luego dice: “Ahora camarada, ayúdeme v. md. a subir”. A esta vivaz especie, muy vecina del *Homunculus ferox*, pertenece el relamido sujeto, mezcla de criminal, escribano y mona de Tetuán, señalado en la colección Mena, con el nombre de Dr. Gómez de Sanabria (que mejor se apellidara De Cinabrio). Ese hubo de subir en hombros de alguna marquesa de alma atravesada, que quizá le fuese deudora de algún maleficio de mayor cuantía.”

“II. *Avunculus seraphicus*. — Tío que es bueno sólo porque no es malo, y parece santo y lo sabe y, visto que no cuenta con más, beneficia sus seráficas apariencias y, como calabaza en agua, se encomienda a la corriente del río, Gangas y aunque sea del Ganges, por lo podrido y pestilente, diciendo para su capote: “Yo en no haciendo mal a nadie, en paz con Dios”. Ese tipo jamás se da de seco ni en agua estancada; necesita que las corrientes

del mal trasladen y exhiban su estampa como asilo y burladero de santidad contra las malignidades humanas. Esta especie no gasta ventosas ni ganchos; prospera por su propia libiandad. A esta beatífica especie, muy parecida a la *Medusa Cuvierii*, corresponde la angélica personita representada en la colección Mena con el nombre de Doctor Oñate. Debió llegar a Palacio montado en algún obispo, tonto por excepción.”

“III. *Avunculus providus*. — Tío engendrado con jalea de canónigo, nacido con mundo, o sea, con la experiencia innata y que ejercita su vida, con ser la primera, como un toro bravo pudiera portarse en una corrida segunda, a muerte por cornada. El no es de suyo ni bueno ni malo, ni sabe qué cosa es lo uno ni lo otro, ni ganas; como tampoco da valor a los estudios, que considera como balumba dificultosa para el ascenso. ¿Oye hablar de elecciones? Pues pide que le hagan diputado. ¿Es diputado? Pues quiere una Dirección o un obispado, porque tiene fauces de ballena y no repara en el tamaño ni en la calidad del bocado. Si es médico, y muere uno que lo era de la Real Cámara, y tiene conocimiento en trigésimo grado con el Secretario de S. M. va y pide la vacante, poniendo de su cuenta el corrimiento de los pasos y el endoso personal de las cartas petitorias en su favor. De éste no se puede decir que tenga ganchos ni ventosa; *todo él es todo ello* cuando conviene, lograda la prebenda se queda tan sosegado e inofensivo. De esta es-

pecie, tan cercana del *Pullus gallinaeus*, por no necesitar enseñanza de nadie, es el sujeto tercero de la colección Mena, señalando con el nombre de Dr. Vergara. Es inútil que uno se descalabacee discurrendo quién hubo de llevarle a Palacio. Le llevó su poca aprensión.”

“IV. *Avunculus nullus*. — Tío negativo, pero que con ser corto, ignorante y no gozar de bien ni de mal, tiene en el centro de los sesos una lucecita como la de las luciérnagas, a favor de la cual vislumbra su nulidad y reconoce que está perdido si no se agarra a buen árbol. Toda su ciencia se reduce a que *no hay hombre sin hombre*, y eso porque no discurre que nació de mujer ;a tanto no llega. Este es ventosa todo él y, como la rémora, en viendo pasar un pez grande se le pega a la panza y, a fuerza de llamarle “mi segundo padre” o “mi suegro del porvenir”, llega un día u otro a puerto bien comido y no nada fatigado. A tan nula especie debió de pertenecer, a juzgar por la nulidad de la traza y el fondo de egoísmo y malicia de patán que su rostro respira, el sujeto que en la colección mena ocupa el cuarto y último lugar, bajo el nombre de Doctor Zamudio de Alfaro. Su elevación a médico de Cámara hubo de ser obra de algún personaje eclesiástico macho o hembra, interesado en tener dentro de Palacio una personita de poco ruido y mucha confianza. No sé imaginarle patrocinado por ningún aristócrata; suelen éstos escoger pupilos de más fuste y, sobre todo, de más registros.”

“Tal es, perentoriamente emitido, de un modo llano y metódico, sin divagaciones ni distingos que no cuadran al caso, la fiel expresión del juicio antropológico que el facsímil de los cuatro matasanos, en cuyas garras cayó el maltrecho rey Don Felipe en sus pos-trimerías, me sugiere.”

Entre los párrafos que se refiere a Felipe II destacamos los siguientes: “Quiero decir, pues, que respecto del insigne rey Don Felipe II no puedo aceptar los juicios que de él y de su conducta emite el ilustre D. Fernando de Mena, porque no parecen suyos, de un contemporáneo y familiar, sino inspirados en aquella sistemática cruzada que en tiempos más modernos y con fines políticos harto bastardos, se interpuso entre la época de aquel respetable monarca y la nuestra para hacernos comulgar, como suele decirse, con ruedas de molino. Yo no sé qué amistades habrá podido contraer en los Campos Elíseos cristianos el alma del ilustre Mena con las de algunos antifilipistas nacidos y muertos después que él; quizá, quizá la de algún apasionado historiador de la Inquisición haya logrado confundirle y trocarle las especies; mas, lo cierto es que el insigne maestro de v. md. y yo, no sólo disentimos profundamente de juicio acerca del segundo Felipe sino que, trocados los papeles, él, el Dr. Mena, piensa como muchos españoles contemporáneos míos, mientras que yo, moderno, tengo de aquel singular monarca la idea que hubieron de tener sus cortesanos íntimos.”

“A Felipe II, más aún que a ningún

otro personaje histórico, no cabe juzgarle en abstracto y absoluto, hay que juzgarle en su tiempo, en su lugar y en la intrincada red de relaciones de pasado y presente en que ejerció la soberanía. En fin, alma amiga y quinta esencia del Dr. Francisco Díaz; será flaco mío, en buen hora, pero yo no puedo consentir que me toquen a Don Felipe, y por esto, ante el temor de que se me resbalara la pluma en vindicaciones del rey de mis aficiones, no quise escribir directamente al alma de Don Fernando, si ello podía, como era de temer, disgustarle, perturbando su beato sosiego."

"Hasta dirigiéndome a v. md. me da cortedad el mostrarme tan ingenuamente mi modo de pensar acerca del común protector de v. mds. ¿Y sabe v. md. por qué? Pues, porque los muertos se parecen v. mds. mucho a las monjas, en lo de estar perfectamente enterados, a despecho de la clausura, de todos los dimes y diretes del mundo profano, y temo, francamente, que el día menos pensado me salga v. md. con el reparillo de que por haberse estrenado en el Monasterio del Escorial, y en sufragio del alma de Don Felipe, una *Misa de Requiem* de mi fábrica, por eso me he vuelto yo partidario, y por ende, defensor fervoroso de S. M. Pues, no señor, y por si algún chismero le fuera a v. md. o le hubiere ido ya con el cuento, me importa declarar a v. md. que todo ello hay que tomarlo al revés para que resulte al derecho, pues lejos de haber yo puesto afición al buen rey por haberse estrenado en su honor mi obra,

antes muy al contrario, dediqué con gran entusiasmo las primicias de ella por la muy antigua y cordial predilección que le tengo."

"No podrá v. md. ni querrá negarme que Don Felipe, considerado en lo más esencial y característico del hombre, que es la educación de la propia voluntad, constituye una figura que no tiene superior entre los numerosos monarcas que la Historia Universal registra. Un hombre que recibía con igual calma y compostura nuevas como la de la victoria en *Lepanto* y la del desastre naval de la *Invencible*; un hombre que en medio de su rendida somisión a la Iglesia, no cejaba en imponer a los Concilios españoles todo el rigor político, patriótico, civil y regalístico de una presidencia interventora; un hombre que en los breves ocios que su grave y personalísimo reinar y gobernar le consentía, se retiraba a cantar, acompañado de su vihuela, secuencias, salmos y otras diversas composiciones místicas que reputados maestros amigos suyos le arreglaban para aquel indócil y solitario instrumento, aunando con el solaz del cerebro la edificación del espíritu; un hombre, en fin, que así en lo más grave de los negocios internacionales, como en lo más nimio de los cuidados administrativos ponía directa mano por tan atento y acentuado estilo, merece muy grandes respetos, puesto que si le abstraemos de su época, habremos de reconocer en él aquellas cualidades de subordinación de la voluntad al deber, que son indispensables en el individuo para el régimen liberal de los pueblos, y cuya ausencia

en gobernantes y gobernados es hoy precisamente la rémora invencible del verdadero liberalismo en el mundo. Si cada español de hoy tuviese educada su voluntad en el grado en que tenía domeñada la suya Felipe II, otro gallo nos cantara y no se viera la patria en tan graves apuros en busca de un partido liberal.”

La tercera carta de la *Estafeta* es la del psiquiatra Emilio Pi Molist, Presidente que fue de esta Academia y cuyo retrato adorna nuestro testero. Su contribución a la *Estafeta* es una carta a Francisco Díaz.

También fue publicada a expensas de E. Suender con el título de *Nueva estafeta de los muertos*. La carta de Pi y Molist, aparte de intentar emular la abrumadora condición de Comenge respecto a la medicina del siglo XVI, prosigue el análisis de las que a nuestro juicio son las dos cuestiones centrales de la *Estafeta de los Muertos*: la enfermedad de Felipe II y el juicio sobre su persona que esta vez no es fisiognómico y por tanto problemática, sino histórico y por tanto exacto en la medida de lo posible. En el tratamiento del primer problema es breve, se limita a declarar su excepticismo respecto al valor de los análisis fisiognómicos de Letamendi: “El juicio antropológico, o acaso sociológico, de los cuatro doctores que asistieron —o *asintieron*, añade el autor de la epístola— a la muerte de Felipe II, es todo pura invención, todo ingenio. No cabía que otra cosa fuese debiendo inferirse de unos retratos; porque vaya usted a calcular los puntos que en

cualquier materia calzarán una persona, sólo por el bulto de su sesera y los esguinces de su jeta”. No obstante, acaba de entrar en el juego y propone algunas rectificaciones a las opiniones de Letamendi. Así en el *Avunculus nullus* L aclarando que la L no se refiere a Linneo, sino a Letamendi, le parece una ave fría impastada de butirro e formaggio; el *providus* pudiera apellidarle más bien *formosu*; el *seraphicus* sentaría mejor *salax* o quizás *admissarius*, y entiéndalo quien quiera; pero al *maleficus* le cargaría una mano calificándole de *vulpinus*. Respecto a la nulidad la acepto para los tres primeros, pero no para el vulpino “el de las gafas que domine con que autoridad a su sombría testa”.

Sobre la cuestión del valor de la fisiognómica, de si no es más que un divertimento o de si su poder es cierto pero limitado a la intuición y no accesible a la ciencia: sobre las posibilidades de conjeturar en que había podido consistir la *Historia natural sociológica del linaje humano* que por desgracia no pudo escribir Letamendi a base de los comentarios dispersos en la obra que nos dejó especialmente en su *Clinica General*; sobre si había alcanzado renombre de Lavater español, sobre estas y otras cuestiones no podemos entrar aquí porque nos apartaría del tema principal que es el del esclarecimiento de la muerte y vida de Felipe II utilizando como instrumentos los de la medicina somatológica y psicológica que actualmente poseemos.

El interés mayor de la *Nueva Estafeta* de Pi es, a juicio nuestro, la in-



volucración de aspectos biográficos de Felipe II. Así el problema ya no es sólo el análisis de lo que ocurrió en su enfermedad, sino el conocimiento de la personalidad del rey. Pi aporta nuevos datos —que extrae de diversas fuentes— sobre la personalidad de Felipe II en cuatro aspectos: a) como enfermo crónico, b) como homo eroticus, c) como padre y d) en su profesión u oficio de soberano del imperio español.

a) Su padre Carlos V padecía frecuentes ataques de gota. A causa de ellos tenía que viajar casi siempre en litera. El soberbio retrato ecuestre del Tiziano sólo correspondió con la realidad entre los 30 y los 40 años. Contemplando aquel rostro y aquella actitud, la divisa de su vida "Plus Ultra" se juzga proporcionada a sus fuerzas. Es el retrato de un soberano de un imperio comparablemente más extenso que el de los césares romanos. Pero esta fortaleza corporal y anímica no duró mucho. La gota contribuyó a minarla. Gustaba de la caza, pero después de los 40 años tuvo que renunciar a los ciervos y a los jabalís y contentarse con disparar su arcabuz sobre perdices y alondras. Un historiador, Cavallo, citado por Ranke, refiere que en 1550 cuando tenía 51 años "la gota ascendía hasta la cabeza y amenazaba causarle una muerte súbita". En los últimos años sentía dolores en las manos cuando debía firmar o abrir una carta. Murió a los 5...

Su hijo Felipe también pagó tributo a la gota. En la carta que Francisco

Díaz (Pi y Molist) comenta los acontecimientos en la época de Felipe II, dice: "Viérale, como yo, vuestra merced cuando, afligido de la gota, que le arreció desde que dejaron de sangrarle, iba, por la ternura de los pies, forzado de traer cayadilla en que afirmar". "Pero no por eso cejaba un punto en el afán, que era en él segunda naturaleza, de estar al tanto de todos los negocios"... "Así que, trabajaba día y noche con el ahínco y perseverancia que el más diligente oficial de una secretaría, enterándose por menor, de las consultas y los despachos de sus ministros, y marginándolos, por constante costumbre, con notas o advertimientos, como el que puso a un papel de Mateo Vázquez, y que terminaba así: *Y porque me ha dado hoy la gota en esta mano, no puedo decir más, y esto ha sido con trabajo. Venid hoy por las cuatro, pues creo que no podré escribir estos días*".

¿Qué influencia pudo tener la gota crónica e intensa sobre su última enfermedad? Esperamos la autorizada opinión de mi ilustre colega Dr. A. Balcells.

b) Pi y Molist también nos ilustra aunque con evidente repugnancia sobre la vida erótica extramarital del rey Felipe II. A Pi no le agrada reconocer las imperfecciones del máximo monarca en la España del siglo XVI y principio del XVII, en la que seguramente le habría gustado vivir aunque sólo fuera para poder acercarse a su idolatrado Cervantes y hablar el castellano cervantino que es el que seguía emplean-

do con pequeñas modificaciones en el siglo XIX.

Pi trata de los devaneos del rey en relación con la princesa de Eboli. Pretende Pi que si Felipe II trató “sañuda y cruelmente a la princesa, sin quebrársele una sola vez el corazón”, no fue por despecho de amante por haberle traicionado con Antonio Pérez, sino pura y exclusivamente por razón de Estado. Pi, en su pasión por moralizar a Felipe II llega al extremo de negar que hubiese tenido relaciones amorosas con la Princesa que mal que le pese a Pi pueden considerarse históricamente probadas. Así reconoce que no puede considerarse una calumnia que el rey hubiese tenido tratos con Doña Isabela de Osorio, Eufrasia de Guzmán y alguna otra dama de menos cuenta; pero que la de Eboli fuese su querida o peor su combleza... no, eso no cabe en pecho hidalgo ni en juicio sano...

Como la finalidad de este trabajo no es sólo la de conocer a Felipe II y a sus médicos en la hora de su muerte, sino también progresar en el conocimiento de la mentalidad de nuestros antepasados médicos del siglo XIX, reproducimos otro párrafo de Pi que no deja lugar a dudas de que con su espíritu caballeresco sexentista habría encontrado grandes dificultades para vivir en la época de Freud y de Marx. Quizás a pesar de su natural pacífico se había visto en el trance de aceptar un desafío como Don Quijote cuando el Caballero de la Blanca Luna osó poner en duda que Dulcinea del Toboso era la más bella mujer del orbe.

A pesar de sus escrúpulos creemos que Pi habría reconocido que Felipe II se parecía a su padre en este aspecto, pero en ningún modo a su hijo Felipe III, que fue la antítesis intelectual y biológica de su padre y su abuelo. A este rey que hasta los 14 años no perdió los primeros dientes, le atraían las mujeres, pero según leemos en Ranke, bajaba los ojos ruborizado cuando una dama de palacio le miraba fijamente. Se asegura y es digno de crédito que nunca miró a una hermosa mujer con otros sentimientos que los de gratitud hacia Dios autor de obras tan perfectas. Es también sintomático de su temperamento que cuando Felipe III le mostró tres retratos de princesas para que eligiera esposa, no se consiguó que lo hiciera, diciendo que su gusto era sólo seguir la voluntad de su padre. Entretanto murieron dos de los princesas y el indeciso príncipe aceptó la elección que había hecho la muerte.

Probablemente no aprobaría Pi la conducta crónica de Felipe II como digna de un rey, pero ¿qué pensaría al verle unida a la incapacidad de gobernar de Felipe III, puesto que cedió todo el poder en manos del Duque de Lerma? Un rey más capaz que Felipe III aunque fuese a costas de algunos hijos naturales no le habría venido mal a la España del XVII. Tampoco hijos naturales sin capacidad de gobernante —como ocurrió en Felipe IV— aliviaron los dolores de España.

Felipe II quiso y logró ser la encarnación de una de las virtudes más altas y difíciles del alma española: el

*sosiego*. Letamendi lo subrayó sin citar esta palabra al hacer su retrato psicológico: calma imperturbable, predominio absoluto de la voluntad y la reflexión sobre las pasiones, prudencia y firmeza, distanciamiento aristocrático, gravedad. Pero no es necesario ser un eminente psiquiatra como sin duda fue Pi —a mi juicio le corresponde el primer puesto de la Medicina española del XIX— para reconocer que bajo un exterior “sosegado” pueden hervir las pasiones. Sin llegar a los extremos de Schiller que concibe a Felipe II como rival de su hijo Carlos al que arrebató la mujer que había elegido, una reacción de venganza personal —más que de razón de Estado— hacia las dos personas que había hecho objeto de su máxima confianza Antonio Pérez y la princesa de Eboli, por los que se sentía traicionado, debe admitirse como una posibilidad que la psicología nos obliga a aceptar, aun cuando reconocamos que es a la historia a la que corresponde decir la última palabra.

e) Como padre, Felipe II puede sin duda calificarse de doblemente desventurado, ni su hijo Carlos ni Felipe III eran capaces no de gobernar un Imperio, sino un pequeño estado; sobre Carlos existen dos versiones, una poética y otra histórica. La poética sirvió de argumento a dramaturgos como Lope de Vega en *El Castigo sin Venganza*, al *Filippo* de Alfieri y sobre

todo al *Don Carlos* de Schiller. En este último es presentado como un defensor de la libertad de los pueblos (los Países Bajos) frente al despotismo sombrío del Duque de Alba y de su padre. El príncipe está, además, enamorado trágicamente de su madrastra Isabel de Valois, la tercera esposa de Felipe II a la que amaba antes de casarse con su padre. Así el conflicto con el padre es doble, de una parte rebelión contra la autoridad paterna, de otra rivalidad sexual. Se comprende que el psicoanalista Otto Rank en la época en que fue fiel discípulo de Freud, asigne al tema de Don Carlos un papel predominante en su libro *El Motivo del Incesto en la poesía y en la leyenda*.

La segunda versión es la de historiadores más objetivos. El príncipe era tan arrebatado, violento, cruel, irascible, ambicioso, irreflexible y sobre todo tan incapaz de rectificar sus errores y aprender de la experiencia —hoy le calificaríamos de psicópata o quizá de víctima de las secuelas del traumatismo cerebral a que se refiere Díaz (Pi)<sup>1</sup>— que llegó a constituir un peligro para el Estado, de tal magnitud que a juicio de Ranke justificado que su padre le sacrificase. Su hostilidad hacia el Duque de Alba y hacia su propio padre hacia los cuales manifestó propósitos homicidas, se consideran probados. El gran historiador alemán dice, Felipe tuvo la desgracia de encontrar-

(1) «Don Carlos recibió la descalabratura cayéndose, en una escalera muy oscura y de muy ruines pasos, en la villa de Alcalá de Henares, domingo a las 19 de abril de 1562 años. La parte lisiada fue la postrera de la cabeza a la izquierda, junto a la comisura que se llama *lambdoides*. Su cura, llevada con rigurosa puntualidad la cuenta, duró noventa y tres días *menos tres horas*.» Pi Molist, pág. 23.

se en una posición tal que tenía motivos para temerlo todo de su hijo a menos que no decidiese hacerle morir sin piedad". No se sabe si se le dejó morir en la cárcel o si fue decapitado; se ha dicho que en su ataúd la cabeza apareció separada del tronco.

Cualquiera que sea la versión que se acepte sobre la relación entre Don Carlos y su padre es evidente que el papel que asignó el destino a Felipe II fue el de padre desventurado por parte doble, pues tampoco gozó de las alegrías de la paternidad con su augusto hijo Don Felipe III. Sobradamente se daba cuenta de su insuficiencia. Ranke refiere que un día aterrado por la convicción de la incapacidad de su hijo abrió su corazón a Alberto de Austria, su yerno, que estaba compenetrado con el estilo de gobernar de su suegro y a Isabel a la que amaba mucho. El César de las Españas les dijo en aquella ocasión: "Dios que me ha concedido un gran Imperio, me ha negado la gracia de un hijo capaz de gobernarlos, a vosotros lo recomiendo". El viejo rey, siempre dueño de sí mismo, en aquella ocasión no pudo contener las lágrimas.

Realmente, su suerte como padre fue amarga: un hijo posiblemente psicópata y otro probablemente en la zona inferior de la inteligencia.

d) El enjuiciamiento de la política del rey como jefe del Estado español, sus aciertos y sus errores corresponden a historiadores profesionales. Nuestra misión es más modesta. Sólo como historiadores de la Medicina te-

nemos derecho a enjuiciarle. En este sentido nuestro juicio debe ser muy favorable respecto al Felipe II de los comienzos de su reinado, cuando agrupó en torno suyo a los máximos representantes de la Medicina europea, muy desfavorable con el Felipe II de las postrimerías. Pi señala el contraste entre el florecimiento médico español en el siglo XVI y lo que ocurrió en los siguientes. En el XVI los médicos españoles no eran en ningún aspecto inferiores a los del resto de Europa, en cambio sí lo fueron en los siglos siguientes. Letamendi, cuya pasión por Felipe II ya conocemos, reta a que se le cite otro rey "uno sólo en la Historia, que haya reunido en su Cámara y colmado de honores a un número no mayor, no igual, sino siquiera aproximado de médicos notoriamente ilustres". Pi exclama también por boca de Díaz: "Oh, por cuán dichoso me doy por haber en la centena XVI vivido! Considerando el esplendor de los estudios médicos y de las Universidades españolas".

Muy distinto es el lenguaje que como humanista emplea Comenge por boca de Mena: "El comercio científico y encerrar la enseñanza médica en unos liberos que escribió Mercado para tal fin", y en el *Comentario a la Nueva Estafeta de los Muertos*, reprocha cariñosamente a Pi y Molist omisiones importantes en el retrato de Felipe II: "¿Cómo no analizó aquellas célebres pragmáticas de Felipe II, en virtud de las cuales se interrumpió el comercio científico que sostenían los médicos españoles con el resto de Eu-

ropa y se encerró en la enseñanza en los estrechos moldes de unos librejos escrito de prisa y corriendo por mandato del rey? El Dr. Mercado podría dar razón de este último y doloroso hecho”.

Quizá pensó el rey al complacer a Mercado que un imperio en el que no se ponía el sol podría ser autártico en el orden político y religioso, y también en el científico. Nadie duda hoy de cuán errado estuvo.

Hora es ya de ceder la palabra a mi ilustre colega Profesor Balcells. He

intentado aportar datos para la interpretación de la personalidad para que pueda valorarse en el enjuiciamiento de la enfermedad póstuma. Un clínico psicosomático tan eminente como Balcells acaso pueda decirnos si la responsabilidad de su muerte anticipada recae o no sobre sus médicos o si recae o no sobre el propio rey que, fatigado del agotador oficio de rey fiel cumplidor de su deber y herido de muerte en su corazón paternal anhelaba vehementemente la muerte?

*Discusión.* — Intervienen, sucesivamente, para abundar en consideraciones o estimaciones diagnósticas al respecto, los doctores Moisés Broggi, E. Peiró Rando y A. Caralps Massó. También comentan el tratamiento y el abstencionismo cumplidos, a su juicio explicables. Parece evidente que Felipe II fue un gotoso con secuelas de lesión abierta.

En la comunicación subsiguiente del profesor A. Balcells Gorina se estudiará a buen seguro el grave trastorno metabólico sufrido por el rey. Y asimismo la falta de cuidados, siquiera de los higiénicos, tan importantes en la época mencionada.

El doctor Ramón Sarró insiste en el valor médico-histórico de lo aportado, especialmente para nuestra Academia.

Y el Presidente (profesor P. Domingo) se asocia al valor que tienen las contribuciones históricas y científicas de la índole de la expuesta.